

Abrevaya Carlos, Medios locos, Ediciones de la Urraca, 1989. Páginas 11 a 15

Tres

¿Democracia? ¿Qué democracia?

Un rasgo particular de lo que podríamos llamar la era de las comunicaciones es nuestra actual capacidad para malentendernos. Parece que junto con nuestra mayor habilidad para transmitir mensajes a un ritmo vertiginoso y conectarnos en directo con casi cualquier parte del país y del mundo, acabamos siendo víctimas de un cierto atolondramiento informativo. Los medios electrónicos, que parecen dominar la difusión masiva actual superando a los medios gráficos, en principio nos mostrarían un predominio de lo oral sobre lo escrito, de la imagen móvil y efímera sobre el instante detenido y grabado de la foto publicada.

Los hechos de la vida de la televisión, por su parte, son mucho más rápidos que los de nuestra propia vida. Todo es más breve, ocurre en menos tiempo y a la vez se reúne en un espacio en el que, consecuentemente, pasan muchas más cosas. Un noticiero suele ser una muestra caótica, acelerada, con aire de urgencia, inquietante, morbosamente seductora, de hechos arbitrariamente amputados, sintetizados en sus puntos culminantes con un criterio selectivo que privilegia aquello que provoque un cierto sacudón en el receptor. De lo esbozado podríamos concluir que recibimos un discurso imposible de retener, oral-visual apabullante y acelerado por el emisor, por lo que nos resultará casi imposible analizarlo en un tiempo humano o confrontar lo que entendimos con lo que nos dijeron. La síntesis de lo ocurrido nos obliga a su vez a completar la historia informativa con una creatividad del espectador muy cercana al prejuicio. Completar las informaciones siempre mutiladas, a veces brutalmente heridas a punto de matar el entendimiento, se convierte en un trabajo profesional periodístico que el espectador no está en condiciones de hacer... y mucho menos gratis. No hay sentimiento de culpa en los medios de difusión por esa información tan incompleta. Más aun, suele venderse la imagen de que en esos espacios se ofrece "toda la información", como si esto fuera poco, sobre "todo" o bien — más perverso aun— sobre "todo lo que importa", lo importante, lo que a usted le debe importar porque si no será

un tonto, marginal, inadaptado, enfermo, despreciable y etcétera.

Esta falta que describo, esta incompetencia —comprensible, pero no necesariamente justificable— en la transmisión de mensajes, no se busca cubrir con un mejor ordenamiento de la información o con fórmulas o espacios destinados a achicar estos vacíos, esa falta de precisión.

En muchos casos, esta irresponsabilidad sobre lo que recibirá el receptor no sólo no produce un poco de vergüenza editorial, sino que por el contrario, por arte de un chanterío muy vendedor, se transforma en un orgullo periodístico que racionalmente se apoya en la velocidad, la brillantez formal y el despliegue tecnológico de equipos.

Como nuevos ricos del periodismo, nos exhiben los lujos de su máquina de escribir bañada en oro ocultando su humildísima mediocridad para manejar ideas y palabras, conceptos y mensajes; o sea, el verdadero servicio prometido.

Sumemos a este punto la subjetividad ideológico-cultural del que actúa como sintetizador de noticias y tendremos un panorama mucho menos confiable de lo que se cree. El resultado es una notable propensión al malentendido. Un malentendido sencillo, brutalmente superficial. Lejos está esta observación de profundizar en el malentendido que se produce por la mera existencia de un otro diferente a uno. un ser que nos distorsiona inevitablemente a través de las particularidades de su cristal. Esa teoría del malentendido, para este caso sería algo así como contrarrevolucionaria. Los saltos, vacíos y carencias informativas a las que aludo no tienen que ver con las particularidades íntimas de la interpretación sino con la ausencia de pedazos en lo que se emite.

Para el caso de la comunicación no es lo mismo decir y/o escuchar la frase: "Vamos para allá", que la excesiva ambigüedad sintetizada en "Vamos".

Superado este punto sobre el que recomendaría no conformarse con "toda la verdad" de "todo lo dicho", creo que estamos en condiciones de acordar que convivimos con un fenómeno social de desentendimiento. Difícil es organizar una cultura y sus correspondientes acciones desde bases de incompreensión. Los argentinos — el mundo entero, por qué no — conocemos de sobra los resultados de no entendernos. Deseo señalar aquí algo que repetiré de distintas formas: en

esa incapacidad de comprensión han tenido, tienen y tendrán mucho que ver los medios de difusión masivos.

Aceptando esta triste paradoja de recibir montones de noticias para saber poco y nada de verdadera utilidad para nuestros proyectos de vida, podremos descubrir que sobre la propia idea de democracia parece faltar un consenso suficientemente claro y difundido acerca del significado de ese concepto. Para algunos, democracia es el funcionamiento normal de las instituciones democráticas. Para otros, no hay democracia sin justicia social, sin un reparto equitativo del esfuerzo y la renta. Hay quien sostiene —oponiéndose por ejemplo a la idea de instalar referendums o consultas populares— que democracia es el gobierno de los representantes. También existen los que se definen a partir de una absoluta fidelidad a la letra de la Constitución Nacional. Y no faltan los que con ironía comentan que democracia es el gobierno autoritario de los democráticos. Para ser claros en un concepto que tiñe y sustenta las afirmaciones de este libro, me apresuro a confesar que, para mí, democracia es esencialmente el gobierno del pueblo. Todo lo que favorezca el ejercicio del poder supremo por parte de la sociedad, con respeto a las proporciones de sus manifestaciones de intereses, hará más cierto y practicable el concepto de democracia. En el N° 6 de la revista de la Fundación Plural, dedicado a buscar opiniones para hacer un balance de los primeros tres años de esta etapa democrática, escribí una nota titulada "¿Por qué se embotella el tránsito hacia la democracia?", de la que rescato algunos párrafos útiles para clarificar mi posición:

- Algo falla, se me ocurre, viendo que cada tanto la intención democrática avalada por más del 80% de la ciudadanía parece tambalear frente a los embates de uno y otro grupo. Algo falla si aceptamos que, en el fondo, sentimos instalado en nosotros un sentimiento de inseguridad hacia el futuro, si escuchamos pronósticos agoreros cuyo primer logro es el desentusiasmo, o si presenciamos —por encima de sus justificaciones o no— otro y otro paro general como "protesta del pueblo" al "gobierno elegido por la mayoría", y consecuentemente nos preguntamos: ¿será tan voluble la mayoría? Y si no es voluble, ¿cuál es la mayoría? ¿Aquella, ésta, la de Plaza de Mayo, la de Once, la del viernes, la del domingo?... Por un montón de cosas yo creo que podríamos coincidir históricamente en que algo falla. Algo falló, me atrevería a jurar, para que, por ejemplo, aquel ochenta y pico por ciento que se volcó a las urnas

democráticas en 1972 dejara paso, pocos años después, a las mil formas de la crueldad ejercida por la nunca bien ponderada dictadura de la insania militar.

- Lo que falta, desde mi humilde síntesis, es encontrar la forma de que el pueblo, gigantesco y anónimo, también se convierta en, por lo menos, un factor de presión. La Iglesia, las Fuerzas Armadas, los partidos políticos, los grupos económicos, los sindicatos, los medios de difusión, etc., en la medida en que sus dirigentes detentan un poder de origen no siempre popular y muchas veces oculto, resultado de intrincadas tramas de negociación, ejercen cotidianamente sus presiones sobre la conducta del país. Por encima del poder que podría significar la representatividad de un número de personas, se impone el poder que implica un cargo que permite ejercer una cierta "capacidad bélica".
- No es la maravillosa sociedad del respeto democrático por la voluntad del pueblo lo que no sirve. Todo lo contrario. Es la delicada falsificación de esas voluntades mayoritarias, la sutil traición al espíritu de las estructuras, lo que acaba por devolver al pueblo a su condición de permanente impotencia.
- Nos queda, hermanos de tierra, la percepción tangible de que, más allá de las gloriosas manifestaciones eleccionarias, el pueblo pierde su poder como factor de presión en la vida cotidiana de su propio país.
- Aceptada la necesidad de la presencia del pueblo en las decisiones que lo involucran como sociedad, se requieren con profunda urgencia fórmulas mucho más accesibles, más frecuentes y por ende tan dinámicas como la actualidad para que este pueblo se exprese.
- Es imprescindible que empiece a existir un espejo confiable de consenso, disenso y opinión al fin, en el cual los argentinos podamos reflejarnos. Si el pueblo no puede verse a sí mismo y confunde su cabeza con sus pies o la picadura de un mosquito con la erupción de una enfermedad mortal, resultará muy difícil que se concientice como grupo que autodetermina su futuro y sumamente tortuoso que se reúna en favor de un objetivo, sobre todo en medio de las voces y los gritos y las amenazas de tantos representantes de intereses en muchos casos contradictorios.
- Si los pueblos de este mundo no consiguen recuperar su presencia constante en la discusión del poder, si las muchedumbres de seres humanos que habitan este

planeta no consiguen de algún modo que su voz supere a las mafias, las trenzas, las distorsiones de las cadenas de representantes, las confusiones de las campañas psicológicas aviesamente orquestadas y las siempre inesperadas travesuras criminales de los servicios de inteligencia y las bandas armadas de cualquier color, me parece difícil que alcancemos algún nuevo orden que valga la pena.

- Me cuesta creer que el hambre y el armamentismo seguirían siendo lo que son si este mundo estuviera efectivamente gobernado por la conciencia de las mayorías populares.
- Desde la sencillez que me impone mi ignorancia, confirmo que se vuelve evidente que algo falla. Acaso es algo que también falla en el mundo, pero que en el subdesarrollo se nota más. Y lo que falla es que en estos, sistemas democráticos de gobierno del pueblo, suele ocurrir que falta el pueblo. Falta para apoyar proyectos, convalidar a sus representantes, dirimir polémicas interminables, azuzar remolones, castigar mentirosos, repudiar irresponsables, remover ineptos y, sobre todo, hacer cierta y segura la esencia de la democracia, que no es regalar el poder a sus líderes más prometedores para ver cómo pelean, sino contratar servidores para ver cómo trabajan.
- Para desmentir lo que pensaron y piensan muchos racistas de sus propios hermanos, he visto que el pueblo, debidamente informado, inequívocamente demuestra su sensatez. Sólo falta —y eso es lo que propongo— dejarlo hablar más seguido, al ritmo actual de sus deseos y sus problemas. Y en todo caso, dejarlo equivocarse, que también tiene derecho. Si encontramos la forma de convocarlo, consultarlo y escucharlo, si logramos armar esa red popular de comunicación y estadística, el tránsito hacia la democracia dejará de embotellarse, porque en la encrucijada de los intereses, el pueblo tendrá un camino por dónde salir.
- Hasta aquí, mis definiciones sobre la democracia. Pero ¿y las suyas? ¿Y las de la sociedad? Creo que atravesamos la transición hacia la democracia sin tener socialmente muy claro de qué democracia estamos hablando.
- En una nota aparecida en el diario La Nación del 21 de julio de 1988, el señor Eduardo A- Coghlan titulaba "Democracia no es sólo votar". Fuera de las diferencias

que descubrí tener con este hombre, me llamó la atención un conjunto de datos:

"El candidato de la UCR (para presidente en 1989) fue elegido por 632.000 afiliados en un padrón que cuenta con cerca de 2.800.000, es decir, por el 22,6% de éste y sólo el 3,3% del total de los ciudadanos empadronados. El binomio ganador en el justicialismo tuvo unos 830.000 votos sobre un padrón de unos 4.100.000 afiliados, o sea el 22,2% de éstos y sólo el 4,3% del padrón electoral general. Es decir, que los integrantes de las dos fórmulas que en 1989 tendrán mayores posibilidades de triunfo no alcanzaron a tener el voto del 8% del electorado, pues entre ambos sólo suman el 7,6%. De todo esto resulta que la enorme mayoría de los votantes no tendrá más derecho que el de votar los candidatos que les impongan los partidos. En las elecciones para los cargos de importancia menor (diputados y concejales), la participación del electorado es aun más restringida, pues la ley establece que el elector sólo puede votar por listas completas que se preparan en los partidos y que están muy lejos de reflejar la voluntad de los electores a quienes deberán representar y que, por lo general, ni siquiera conocen a esos candidatos."

Más allá de cuál sea la forma de resolver lo que se plantea como un problema, lo que resulta evidente es que hay inconvenientes, hay trastornos en los procesos de búsqueda de representatividad que merecen ser analizados, especialmente si se tiene el ánimo de profundizar la democracia como gobierno del pueblo. Sobre otro costado del tema, el mismo diario La Nación publicó, el 24 de junio de 1988, un artículo editorial titulado "El derecho a opinar" que contenía el siguiente párrafo:

"La libertad de pensar y de expresar el pensamiento es un derecho natural, no concedido por la voluntad de los gobiernos ni de hombre alguno. La democracia sólo existe cuando esa libertad es respetada absolutamente, porque apenas se intenta limitarla deja de existir absolutamente."

Tomando esta importante afirmación ética, vale la pena preguntarse: ¿son iguales la libertad de expresión de un hombre solo en su casa que la de un hombre que habla a millones por una cadena de televisión? ¿Existe la libertad de expresión sin dinero? ¿Y para qué sirve? ¿Para desahogarse, a lo sumo? ¿Podría empezar a hablarse de libertad de difusión potencialmente masiva de la expresión? ¿No ejerce La Nación, al igual que todos los otros medios, un reservarse el derecho de permitir o no la difusión de ciertas ideas? ¿Es éste un acto que hace que no sea "respetada absolutamente" la libertad de

expresión? ¿El dinero, la posesión o no de un medio de difusión, no limitará el respeto absoluto por la libertad de expresión haciendo que la democracia deje de existir absolutamente, a partir de lo que afirma la opinión editorial citada?... Es ciertamente agradable ver que un medio se define en favor del respeto por la dignidad humana. Y es interesante observar también que, a la luz de esas palabras, hay un camino por transitar viendo qué defendemos en los papeles y qué hacemos efectivamente con nuestra conducta cotidiana.

Justamente, hablando de conducta cotidiana, lo invito a descubrir la importancia que tiene todos los días de la democracia la tarea desplegada por nuestros múltiples medios de difusión.